

Precio 10 cts.

Reproducción

Tomo IV, No. 77.—20 de Enero de 1922

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

SUMARIO

1. *El miedo de sobresalir.*
2. *Modestia del genio.*
3. *Miscelánea.*

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

Tomo IV.—No. 77.—20 de Enero de 1922

El miedo de sobresalir

por

Margaret Sherwood

En esta edad de clamoreo por la democracia hay momentos en que aun los americanos, a pesar de su fe ardorosa en América y en las potencialidades de este continente, se preguntan si no hay peligro de llevar la democracia hasta más allá de límites prudentes. En la calle, en los trenes, en las tiendas y en las aulas, la zozobra ataca a los más fuertes; y la voz de la prensa no es siempre alentadora. Libertad, igualdad y fraternidad son para nosotros una herencia gloriosa, un privilegio, una responsabilidad; y, sin embargo, nos persigue sin cesar la sospecha de que puede haber exceso de libertad, igualdad y fraternidad.

Entre los varios aspectos de la triunfante democracia, ninguno es más desconsolador que esta tendencia de

la idea de libertad, igualdad y fraternidad a meterse donde está fuera de lugar; esta perniciosa confusión de la libertad, la igualdad y la fraternidad con los ideales intelectuales y estéticos. Esta falta, y otras muchas alimentadas por nuestra estimulante atmósfera, escasamente podría encontrarse en otro país que el nuestro. Al leer la historia de los viejos tiempos, de los esfuerzos y aspiraciones de los fundadores de nuestra patria, y estudiar las innumerables manifestaciones de la actividad en el este y el oeste, el norte y el sur de los Estados Unidos, no podemos menos de reconocer que nuestro credo nacional ha dado resultados enteramente inesperados y no siempre felices. Impelidos por el deseo de establecer la equidad para los muchos y la justicia entre los hombres, nuestros antepasados esperaban una república más pura, donde a nadie se oprimiese. Apenas si preveían que el efecto de sus doctrinas sería una nueva actitud con respecto al juicio y los sentimientos de los hombres, ni imaginaron en lo futuro nada tan desastroso como la idea hoy predominante de que la opinión de un

hombre vale tanto como la de cualquiera otro, con el peligro, inherente a esta creencia, de que desaparezca toda pauta.

Es evidente que de la lucha por la libertad y la igualdad ha nacido nuestro anhelo gregario de que a todos se nos ponga en un mismo redil estético e intelectual. El deseo que se ve en todo el país de uniformar las ideas y el juicio parece indicar que algunos artículos de nuestra fe nacional han anulado otros, y que, por mucho que hayamos avanzado en el camino de la igualdad, estamos aún muy lejos de la libertad. En la vida ordinaria, en la escuela, en el colegio, somos esclavos del temor de ser diferentes de los demás, y no surge un Clarkson ni un Wilberforce que rompa los grillos del espíritu, como se rompieron los del cuerpo. Por doquiera nos conmueve una misma oratoria vulgar; la belleza *normalizada* de las cubiertas de nuestras revistas se pasea triunfante por todo el país, y los libros que más se venden nos deleitan porque son los que más se venden.

Evidentemente esto se debe en parte

— a una nueva generosidad. Cuando ingresemos en el largo escalafón de las edades prehistóricas, con la edad de piedra, la edad de bronce y otras, que han tenido su apogeo como la nuestra tiene ahora el suyo, sin duda se apellidará ésta la edad de la química. Pero, si las épocas se apellidasen, no según las armas usadas por los hombres ni según los materiales empleados para muebles y utensilios domésticos, sino según los rasgos del espíritu, nuestra edad quizá se llamaría edad de la simpatía. Poca es la gratitud que debe sentirse por ese grandioso impulso que durante siglo y medio ha estado abriendo el corazón a las necesidades y miserias ajenas. Esta actitud, este nuevo discernimiento de las angustias del prójimo, esta penetración del desvalimiento de otros seres humanos, esta tendencia a ayudar y socorrer, es casi tan ilimitada y tan variada como la vida misma. Por doquiera se ven escritos movidos por la simpatía en que se intercede por los oprimidos en las minas y fábricas; simpatía del trabajador por el trabajador, del camarada por el camarada, del criminal por el criminal, y aun del

hombre bueno por el hombre bueno. Esta extensión del interés de cada cual más allá de los límites de su propio sér, esta capacidad de ponerse en lugar de otro, es el signo descollante de nuestro progreso. Tanto nos enorgullecemos de haber roto con la vieja adustez puritana, la cual a menudo confundía la crueldad con la rectitud, que hasta vacilamos en expresar nuestras dudas. Sin embargo, hay razón para temer este extremo; quizá tanta como para temer el opuesto.

Todos los grandes dones envuelven peligros. La simpatía es casi lo más bello del mundo, pero también lo más peligroso, y debe guardarse con oraciones y ayunos y examen de conciencia. Toda altura tiene sus azares, y quien la corona debe tener siempre presente la profundidad a que puede caer. Cuanto mayor sea la altura, tanto mayor será la caída, y aquel supremo atributo del hombre lleva en sí una amenaza suprema. Los corazones de los grandes santos laten al unísono en grande armonía; pero la simpatía mutua, la lealtad mutua, son también rasgos descollantes de los ladrones. Todas las

esperanzas modernas deben cifrarse en la simpatía para con el prójimo que sube con nosotros; pero cuando se trate del prójimo que va pendiente abajo, el caso es diferente. Muy bueno es llevar el paso, mas hay que fijarse no sólo en el compás sino también en la dirección de la marcha. Recuerde la triunfante democracia aquella fórmula antigua, pintoresca pero exacta, de las verdades espirituales: «Ancha es la senda de la perdición, y muchos son los que la siguen». ¿Estamos acaso descuidando del todo la dirección de la marcha y creyendo que todo saldrá bien tan sólo porque vamos todos juntos?

Esa semejanza, ese parentesco, esa identidad que sentimos al escuchar a nuestros oradores, al leer la palabra impresa, al oír la conversación de nuestros semejantes en los centros de negocios o en la calle; esta marca de comunidad de ideas y de acción, que se ve desde Maine hasta California, desaparece cuando se estudian las cosas materiales importantes. Pasando de lo intangible a lo tangible, de los pensamientos y sentimientos de los hombres a sus posesiones, la semejanza se des-

vanece: en el panorama de la vida en nuestra tierra, úno descubre contrastes repugnantes, algo que, a pesar del vasto desarrollo de la simpatía, desengaña las esperanzas del mundo. Ninguno de los países europeos oprimidos por la monarquía presenta diferencias más aterradoras entre la riqueza y la pobreza, desigualdad más espantosa en lo referente al alimento, el vestido y otras cosas materiales. Y naturalmente ocurre la pregunta de si no se habrá hecho la nivelación donde no convenía, de si la participación no habrá sido en otras cosas que las debidas; en suma, si no nos hemos hecho falsa o ilegítimamente libres e iguales. Hemos mancomunado nuestras ideas y nuestras normas, pero nos hemos aferrado tenazmente a nuestros bienes materiales; lo que debía conservarse como posesión individual sagrada, nuestros ideales y aspiraciones, lo hemos arrojado sin escrúpulo al fondo común, mientras que con ahinco agarramos y guardamos aquello que debiéramos compartir. Nuestro único comunismo estriba en la comunidad de ideas y creencias, en la falta común de normas fijas. En los

asuntos en que debiera haber diferencias, el constante esfuerzo personal por establecer criterios rectos, por modelar las masas de acuerdo con miras, pensamientos y sentimientos más elevados — ese *justo desarrollo de la individualidad* que es la meta de la democracia y la esperanza fundamental del cristianismo — las opiniones de las masas toman el lugar del juicio personal, y el campo de nuestras normas es invadido por la psicología de las multitudes. Lo que se arroja en la olla común no son las joyas raras, los costosos abrigos de pieles ni los automóviles sin igual, sino las almas mismas de los hombres.

Todo esto es triste, pero innegable. ¿Quién podrá descubrir la causa? Tal vez se deba a que estemos siguiendo la línea de menor resistencia. Más fácil es abandonar una idea que abandonar el lujo y las comodidades del cuerpo; fuéramos de esto, es más difícil discernir la excelencia en el mundo intelectual que en el grande emporio social. La verdad es que se ha apoderado de nosotros cierto miedo de las normas intelectuales y de conducta que están

fuéra del alcance del común de las gentes. Mientras nos deleitamos en sobrepasar a Brown, Jones y Robinson en el vestir, y nos vanagloriamos de darles quince y raya en los negocios, aunque sea valiéndonos de algunas engañifas, no queremos tener ideas ni ideales distintos de los de estos prójimos. Vergüenza nos da el tener aspiraciones más elevadas o un criterio más delicado; ocultamos la mejor parte de nuestro sér bajo el manto del compañerismo, y aun nos esforzamos por hablar en yanqui, de preferencia con una que otra germanía, y sin gran miramiento por la gramática. Hay momentos en que úno se pregunta si no habremos dejado de comprender el punto esencial del grande esfuerzo que dió nacimiento a nuestra patria. Nuestros antepasados lucharon por abolir el reinado de la fuerza, de suerte que el espíritu quedase en libertad para reinar. No puedo creer que ellos desearan eliminar el caudillaje en absoluto; creo más bien que rompieron las cadenas para que surgiesen los verdaderos caudillos y ocupasen los puestos que merecían. Nuestra deificación del hombre ordina-

rio es la anulación del alto propósito de aquellos fundadores, y obstruye el camino del porvenir. Debemos dejar atrás nuestro cándido e infantil temor — ya se refiera a lo que reconocemos a los demás o a lo que cultivamos en nosotros mismos — de cuanto está fuera del alcance de las masas, si algún día hemos de lograr algo que valga, moral o políticamente o en el mundo del arte y de las letras. Cuando la igualdad se mete en nuestras normas intelectuales y estéticas, el resultado es el caos estético e intelectual. Las opiniones de todos los hombres pueden ser libres; mas nunca, siendo Dios servido, podrán ser iguales.

Si nuestro estado presente se debe o no inevitablemente a la democracia, no lo sabemos. Los historiadores han insinuado que es por medio de la democracia cómo las civilizaciones desaparecen. Si la democracia es, como creemos, una gloriosa oportunidad, la mejor solución que se ha hallado al problema del gobierno humano, es también un grande y peligroso experimento para el alma humana, por cuanto la anima un poderoso y fatal impulso de

nivelación. Su divisa puede ser hilo de oro que nos lleve hasta el mismo seno del Creador, o vereda que termine en un tremedal donde se hundan las aspiraciones, los grandes esfuerzos y las altas esperanzas. Su amenaza sutil era tan manifiesta en los tiempos antiguos como lo es en los modernos. Bueno es detenernos, en nuestras alabanzas triunfantes de la democracia, a meditar sobre el hecho de que una democracia antigua condenó a muerte a Sócrates, su mayor filósofo, porque él, en una edad enajenada con la convicción sofista de que todos los hombres podían conocer la verdad y que la opinión de este o de aquel hombre era la medida de las cosas, proclamó su creencia de que existen normas universales del mérito, de la verdad, de la conducta, objetivas, perdurables, diferentes del mero juicio subjetivo, del capricho momentáneo, de la convicción o el impulso pasajeros de tal o cual individuo.

Al pensar en nuestra época y en nuestro propio país, se echa de ver que la medida de nuestro malogro se halla en nuestra actual complacencia con nosotros mismos, en nuestra creencia

tenaz de que una fe más profunda, una convicción más elevada, no pueden ser ciertas porque nuestros prójimos no las creen ciertas. La tolerancia es sin duda una virtud, pero no es por sí sola base suficiente de la civilización, en la cual, si ha de durar, deben entrar no sólo virtudes negativas sino también virtudes positivas, como el saber, la prudencia y la fe, y convicciones inexorables en cuanto a la diferencia entre lo bueno y lo malo.

En cuanto al porvenir, no es difícil ver dónde obtendremos tolerancia y simpatía; pero ¿de dónde nos vendrán normas que sirvan de guía al espíritu? La juventud es el porvenir, y la renuencia de la juventud a reconocer en sí misma dotes o aspiraciones más elevadas que las de la multitud, es el aspecto más amenazante de nuestras tendencias actuales. Llenos de generosidad los unos para con los otros, poseídos del deseo de no descollar, los jóvenes, estos hijos de la democracia triunfante, dejan ver en sí cierta miopía espiritual. Quizá provenga este defecto del demasiado pensar en términos materiales, del confundir la superioridad

intelectual y las altas aspiraciones interiores con las sabrosas golosinas del banquete humano, con bocados escogidos de los cuales los jóvenes se empeñan quizá más en gozar que sus mayores. Esto es un error; pues hay una diferencia fundamental entre las normas de la vida, intelectuales, morales, espirituales y artísticas, y los bombones de chocolate. En una reunión nadie desea más de su porción justa de estas cosas, y lo mismo debería suceder con las demás cosas materiales. Pero en las cosas del espíritu la generosidad es de carácter muy distinto; es una verdadera energía de la vida, que se manifiesta en la busca de tesoros ocultos, en que el osado explorador está obligado a desentrañar y compartir con sus prójimos lo que tal vez sólo él podía hallar; puede ser un esfuerzo solitario por encontrar veredas perdidas y olvidadas, la senda de la excelsitud, y abrirlas a los que vienen detrás, para que puedan seguirla.

Quien elude la responsabilidad de dotes superiores y mayor penetración, revela una especie de oblicuidad mental, y falta de perspectiva. En el esfuerzo

por sobresalir y en el triunfo de este esfuerzo hay algo impersonal; la aspiración no es necesariamente vanidad; la aspiración genuina nunca lo es; la realización de lo que es elevado y puro en el campo del pensamiento y la conducta, no debe tener otro objeto que acrecentar ese claro discernimiento de las cosas mejores, que sirve de medida al desarrollo del espíritu. Si se rehusa triunfar porque el triunfo no puede ser la obra de la acción común de todos, ¿no hay peligro de que desaparezca aun la noción misma de lo exquisito y de lo alto? Este escrúpulo, esta vacilación en poner en actividad las mejores aptitudes, envuelve un sofisma, sutil e insidioso, cual es el de pensar en la gente más bien que en la excelencia espiritual. La busca de lo superior, de lo que aún no se ha logrado, no es egoísmo; en la prosecución del fin propuesto, la idea del yo puede desaparecer por completo; cuando uno mira resueltamente las cosas excelsas con la intención de alcanzarlas, se olvida de sí mismo. Errónea simpatía es la que consiste en pensar en uno mismo y en la demás gente, en vez

de pensar en algo que dirija la atención de todos a objetos superiores.

Debe haber algo más profundo que esa simpatía superficial que se duele del mal del prójimo, algo más profundo que esa simpatía con el yo inferior, que es una amenaza para el porvenir; hay ocasiones en que se necesita una simpatía aguda y afilada como una espada, que vaya hasta el mismo corazón de las deficiencias del prójimo, como el escrutinio de sí mismo penetra hasta el de úno, cortando cuanto obstruye o retarda el progreso. Sin esta simpatía superior nadie comprende realmente a su prójimo.

El deber del verdadero ciudadano de una democracia es buscar incesantemente mejores normas intelectuales y de conducta; continuar dignamente, en presencia de nuevos obstáculos, los esfuerzos de nuestros padres y mantener abierta la senda de la libertad. El choque de inteligencia con inteligencia, de alma con alma, en una tierra donde el pensamiento y la palabra son libres, debe encaminarse no a la nivelación por rebajamiento sino a la nivelación por ascenso, haciendo

cada espíritu cuanto pueda, mediante el esfuerzo resuelto y la investigación de la verdad y la belleza en todas las esferas de la vida, por interpretar a su modo (lo que ningún otro espíritu podría hacer por él) las posibilidades de una existencia superior.

De *Intér-América*, abreviado.

De un estudio de Carlos Sfondrini

La simplicidad y la sencillez son los rasgos propios del genio.

Para que él pueda adivinar los misterios que envuelven las cosas y la vida, debe saber simplificarse y ser sencillo, y sólo de esta manera podrá compenetrarse de sus secretos.

Francisco De Santis ha dicho «que la *simplicidad* es la compañera de la verdad»; y Emerson ha escrito: la inspiración exige de nosotros que seamos sencillos y verdaderos.

En efecto, la inspiración siendo el momento en el cual el espíritu se en-

cuentra enteramente purificado de todo estado subjetivo, presupone que se halla libre de todo lo que puede sofocar el claro conocimiento de la verdad, como: los prejuicios, los intereses, la vanidad, el orgullo, las convenciones y toda clase de artificios.

Nota Bacon: «El espíritu humano no recibe con sinceridad la luz de las cosas, sino que mezcla a ella su voluntad y sus pasiones; así es como hace ciencia a su gusto, pues la verdad que más fácilmente admite el hombre es la que desea. Rechaza las verdades difíciles de alcanzar, a causa de su impaciencia por llegar al resultado; los principios que le restringen, porque ponen límites a su esperanza; las más altas leyes de la naturaleza, porque contrarían sus supersticiones; la luz de la experiencia, por soberbia, arrogancia, porque no aparezca su inteligencia ocupándose en objetos despreciables y fugitivos; las ideas extraordinarias, porque hieren las opiniones vulgares; en fin, innumerables y secretas pasiones llegan de todas partes al espíritu, y corrompen los juicios».

Dice Michelet: «Si vosotros estudiáis seriamente su vida y su obra, y el misterio de lo que se llama genio, encontraréis generalmente que es aquel que posee los dones de la crítica y conserva los dones de lo *simple*. La Fontaine y Corneille, Newton y Lagrange, Ampère y Geoffroy Saint-Hilaire, han sido al mismo tiempo los más simples y los más sutiles de todos los hombres. Es la *simplicidad*, la bondad, lo que constituye el fondo del genio, su razón primera; es por ella, que él participa de la fecundidad de Dios».

Nota Descartes: «*Los hombres de más grandeza de alma son, por lo general, los más humildes.* La humildad virtuosa consiste en la reflexión que hacemos sobre la poca firmeza de nuestra naturaleza y sobre las faltas que hemos cometido o podemos cometer y que no son menores que las cometidas por los demás. Por esta razón no nos consideramos superiores a ninguno y pensamos que los otros pueden usar de su libre albedrío tan bien como nosotros. Los que poseen esta cualidad se sienten inclinados a hacer grandes cosas, pero nunca a in-

tentar lo que no son capaces de realizar; procuran el bien de sus semejantes, aun despreciando el propio interés, y son siempre corteses, afables y oficiosos con todos. Son dueños de sus pasiones y especialmente del deseo, de los celos y de la envidia, porque no aspiran a nada que esté fuera de su alcance; del odio a los hombres, porque a todos los aman; del miedo, porque la confianza de su propia virtud les da valor; y, finalmente, de la cólera, porque estiman muy poco las cosas que dependen de otros y nunca se muestran ofendidos por las asechanzas de los enemigos».

No debemos confundir, sin embargo, la verdadera humildad con la *bajeza*, o sea, *la falsa humildad*. Porque, como observa *La Rochefoucauld* en sus «Máximas»: «Muchas veces la humildad es una fingida sumisión, de la que nos valemos para someter a los demás; es un artificio del orgullo que se abate para levantarse, porque aunque el orgullo se transforme de mil maneras, nunca se disfraza mejor, ni es más capaz de engañar que cuando se esconde bajo la figura de humildad».

Afirma Claudio Bernard: «El hombre más *modesto*, pone sus ideas como una cuestión más o menos probable... El espíritu experimentador se distingue del metafísico y del escolástico por la *modestia*».

La modestia del genio no se manifiesta solamente en comprender que se halla lejos todavía de la perfección a que aspira, sino en reconocer también lo que debe a los demás.

Marco Aurelio empieza su libro enumerando todos aquellos que ejercieron influencia en su desarrollo.

Goethe que, mejor que nadie, tenía el derecho de considerarse como un espíritu original, dice en una plática con Eckermann: «Háblase de originalidad; pero ¿qué significa esto? Apenas nacidos, el mundo empieza a obrar sobre nosotros, y esto continúa así hasta el fin. En resumidas cuentas, ¿qué podemos llamar propiamente nuestro, sino la energía, la fuerza, la voluntad? Si pudiera decir cuánto les debo a mis antepasados o a mis contemporáneos ilustres, no sobraría gran cosa».

Dice también *Papini*: «El genio

crea más que los otros, pero ve todavía más de lo que crea, y de esta limitada potencia de crear y de su infinita potencia de ver, nace en él una sensación de angustia, y de su propia poquedad y debilidad surge una *humildad* que no es aquella del pobre de espíritu, en perfecta alegría de abandono, sino aquella más profunda todavía del rico de espíritu en perfecta tristeza de esfuerzo».

G. Monod dice de *Taine* lo siguiente: «Lo que llamaba más la atención en él era su *modestia*, que se manifestaba hasta en el aspecto, que nada tenía que atrajera las miradas... Sentía horror por todo lo que pudiera aparecer como ruido y reclame alrededor de su persona; huía del mundanismo no sólo porque a ello le obligaban su salud y sus tareas, sino también porque le desagradaba ser objeto de moda y de curiosidad. No procedía así por incivilidad, pues nadie era más amable cuando creía poder, sea dar un consejo, sea recibir una observación. No sólo estaba exento de toda afectación, de toda *pose*, de toda altanería, sino que poseía el don de no

hacer sentir nunca su superioridad, de poner a gusto a sus más humildes interlocutores, de tratarlos como amigos e iguales, de procurarles la ilusión de que podía recibir de ellos alguna cosa».

La humildad y la modestia del genio, tienen a su vez, el sabor de la ingenuidad y de la sinceridad.

«El verdadero genio, escribe Schiller, es necesariamente ingenuo, de lo contrario, no sería un genio. La ingenuidad constituye su carácter, tanto en el orden intelectual, como en el orden moral».

Observa *Bovio* justamente a propósito de esto: «Esta ingenuidad (del genio) no es ignorancia de la vida y de los caracteres humanos, no es la inocencia infantil, que es impotencia; es la peligrosa sinceridad de quien ve y tal como lo ve lo dice: es el estilo. Inventiva o ironía, imprecación o *humor*; unas veces con acritud y otras con suavidad, el genio dirá de la manera que él sabe decirlo y no de otro modo, todo lo que crea conveniente contra un hombre o una época, contra sus conciudadanos y su patria. Es más

posible que un cometa salga de su órbita, que sacar al genio una palabra que no sea suya».

Poco se sabe, dice Schiller, de la vida privada de los más grandes genios; pero, por lo que la tradición nos ha conservado, por ejemplo, de Sófocles, de Arquímedes, de Hipócrates, y, en los tiempos modernos, de Dante, de Ariosto, de Tasso, de Rafael, de Alberto Dürer, de Cervantes, de Shakespeare, de Fielding, de Sterne, etc., se tiene la confirmación de su carácter ingenuo.

Lo que parecerá más difícil aceptar, es que también los más grandes guerreros y políticos, en el momento en que fueron grandes por su genio, han dado muestras de ser ingenuos. Tal como Epaminondas, del que dice Montaigne (Ensayos, Libro II, Cap. 34): «El candor en Epaminondas, era una cualidad propia, dominadora, constante, uniforme e incorruptible».

Miscelánea

Del concepto de tiempo y espacio, según el principio de la relatividad y la teoría de la gravitación de Einstein, se llega a consecuencias accesibles al examen experimental, que evitarán tomar en serio a los filósofos verbalistas que quieren elaborar la verdad con ingeniosos sofismas.

No se puede hacer ya filosofía sin matemáticas y física teórica, que los ingleses llaman con justa razón «natural philosophy», porque sin estos auxiliares la filosofía seguirá siendo como una medicina sin anatomía y fisiología, un simple curanderismo.

JULIO LEDERER

*
* *

Quincy Adams escribe en su diario: «Mr. Crawford ha referido dos veces la historia de que el presidente Washington presentó en cierta ocasión al senado el proyecto de un tratado que debía negociarse, asistiendo él mismo a las

deliberaciones. Los senadores lo debatieron, y propusieron tales enmiendas, que Washington, al abandonar la sala, dijo que se daría al diablo antes que presentarse allí otra vez.»

*
* *

Los mismos motivos, las mismas combinaciones musicales dejan poco a poco de impresionar los oídos, habituados a su repetición, y aun llega un día en que de placentero que era oírlos se vuelve enojoso el escucharlos. Las óperas del tiempo de Lully, en las que predominaba la melodía, han sido reemplazadas por otras de más complicación, en las que la melodía está como envuelta en las hondas sonantes de la armonía. Si continúa fatigándose la sensibilidad del oído humano, llegará (no muy tarde) el día en que la música no sea otra cosa que un conjunto armónico de disonancias imprevistas.

La educación de la sensibilidad puede, lo mismo que su fatiga, modificar nuestras concepciones artísticas. Lo que se ha llamado el gusto por

la naturaleza, para no citar sino un ejemplo, es algo esencialmente moderno. Los viajeros de la antigüedad solían nombrar las montañas de Suiza como el lugar más feo y triste de la tierra. Hoy día los viajeros dicen lo contrario. La belleza de Italia sólo empezó a ser admirada en el siglo XIX. La campiña romana era hasta entonces el eterno modelo de la aridez y de la monotonía. El Presidente Coses nos relata en sus viajes que los lagos del Canadá le parecieron un charco muy grande, y las cataratas del Niágara un torrente que le produjo dolor de cabeza. Juan Jacobo Rousseau—¡Juan Jacobo Rousseau!—quien estuvo en Italia como secretario del Embajador de Venecia, nos pinta a Italia en colores bastante sombríos. Sólo de Chateaubriand para acá los escritores se han dado a encarecer las bellezas de ese suelo.

La movilidad de los gustos en materia de arte demuestra una vez más que los hombres suelen dejarse llevar por el contagio mental. Bajo la influencia de aquello que se llamó Renacimiento, y que no era otra cosa que

la idea de que solamente lo antiguo era bello, las obras maestras del arte gótico fueron tenidas por monstruosidades. Molière mismo las llamaba «endriagos horribles de los siglos de la ignorancia». Rousseau aseguraba que los monumentos góticos sólo subsistían por lástima hacia los desocupados que habían tenido la paciencia de construirlos.

El gusto moderno es todavía más variable que el antiguo, puesto que está sometido a los caprichos de la moda. Se ha dado el caso de dramas que fueron silbados el día de su estreno y que luégo, dos o tres años después, fueron recibidos por el mismo público con delirante entusiasmo. También muchos lienzos, como el *Angelus* de Millet, han sido comprados a su autor por cuatro o cinco francos, y hoy se cotizan en muchos millones.

Lenguaje de las necesidades, de los sentimientos, de las aspiraciones de una época, las manifestaciones del arte están condenadas a evolucionar perpetuamente. Lo que hace la admiración de un siglo es desdeñado por el otro.

Todos sabemos, sin embargo, que ciertas obras están destinadas a escapar a esta ley. Serán admiradas por todos los siglos. Esto se explica por la belleza superior de tales obras.

Causas numerosas, distintas unas de otras, conspiran en favor de esta continuidad del sufragio universal con respecto a las obras maestras.

G. LE BON

*
* *

En definitiva se ve que es obra maestra únicamente la que impone su admiración a la inteligencia.

La obra maestra artística es siempre una obra científica.

Es la razón quien descubre la belleza superior. Sin profunda verdad no hay obra maestra.

Honor que no acepto

Hace algunos días leí en el *Diario del Comercio* un artículo relativo a la resolución tomada por la «Sociedad Francesa de Costa Rica» de favorecerme con el nombramiento de miembro honorario de dicha sociedad, en atención a los servicios prestados por mí a la causa de Francia durante la guerra. Aunque no he sabido más, de un modo formal, acerca de esa resolución, voy a hacer dos observaciones que quizá sean todavía oportunas y que—yo lo espero—no han de velar en lo más mínimo mi gratitud ante los ojos de los amigos que con tanta magnanimidad han querido honrarme.

1.º Lo que he hecho por Francia es absolutamente insignificante en comparación de lo que a Francia debo. Y como esto solamente yo lo sé bien, mi obligación es no aceptar ningún honor o recompensa que provenga así de una consideración errada, por no decir revesada.

2.º Nací costarricense, y únicamente costarricense puedo ser. Siempre he pensado en contra de todas las *naturalizaciones*, cualquiera que sea su forma.

Por lo mismo que estimo tanto a la «Sociedad Francesa de Costa Rica», me pregunto: ¿Qué será de ella si se pone a engrosar con extranjeros la lista de sus miembros? Perderá su carácter propio. Será muy pronto lo que se desee, menos lo que ante todo debe ser: una sociedad de genuinos franceses.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

31 de diciembre de 1921.

¿Conoce Ud. las Novelas de Hugo Wast?...

Son profundamente sudame-
ricanas, lo cual explica su
inagotable popularidad.

Emocionan y cautivan con
la pureza de su estilo y su
valiente realismo.

La verdad es su fuerza, y
el intenso interés que despier-
tan, es el secreto de su éxito.

Editorial Bayardo

865 Sarmiento,

U. T. 1260, Rivadavia

BUENOS AIRES